OTRA FORMA DE VIDA ES POSIBLE

No le iban mal las cosas. Andrés había tenido suerte para los tiempos que corren. Terminado Magisterio, hizo oposiciones y tenía plaza en un Instituto de su pueblo. Cierto que lidiar con los de secundaria era un oficio de riesgo. Pero no le iba mal. Tenía un empleo, los compañeros le aceptaban, en su casa las cosas iban normalmente y su grupo de amigos y amigas era estupendo, con sus más y sus menos. Lo dicho: no le iba mal.

Y, sin embargo, había ahí una comezón, un run-run, que no dejaba de dar la lata. Cuando, a veces, salía con sus amigos y se ponían "trascendentes" (había mediado algún gin-tonic), se preguntaban si vivir era eso: trabajar, salir, viajar algo, y poco más. Estaba el "coro" de los realistas que decían que no había que marear la perdiz. Las cosas son como son y hacerse preguntas es perder el tiempo. Otros, sin embargo, los "utópicos", balbucían que las cosas tienen que ser de otra manera, que hay algo debajo de la piel. Algún ilustrado citó aquello de Heráclito: "La armonía de lo invisible es mayor que la armonía de lo visible". Las risas acogían la frase.

Por otra parte, Andrés tenía su vivencia sencilla y práctica de su fe cristiana. Se había adherido, hacía tiempo, al ambiente de una comunidad franciscana que trabajaba muy bien en el tema de la marginación. Una parte del convento había sido destinada a un programa social de rehabilitación de toxicómanos y la comunidad era abierta y acogedora. La comida de los domingos era frecuentada por gentes de toda índole. El buen humor y la sencilla alegría reinaban en aquella casa. Él se encontraba a gusto allí cuando le tocaba colaborar en las actividades sociales.

Tenía una amiga religiosa en África, en el Gabón. Un día ésta le hizo una "oferta": Vente en tiempo de vacaciones a África; te pagas el viaje tú mismo y quizá puedas ayudarnos algo en un programa de niños de la calle que tenemos aquí. Conoces esto y seguro que aprendes algo. Ven a aprender. Le dio muchas vueltas. Lo tomó como un reto y el día que sacó los billetes para volar al Gabón, vía Casablanca, fue un día distinto. No esperaba encontrar nada especial, solamente abrir una ventana a otro mundo, a otra cultura.

La estancia en el país africano fue un continuo y no fácil aprendizaje y una caja de sorpresas. Cuando el avión se aproximaba al aeropuerto veía las extensiones de casitas de chapa oscura, los "matitis" y se decía como quien contempla una selva: ¿qué habrá ahí? ¿Quién está ahí? Comenzó a experimentar el desapego que es necesario para las preguntas importantes.

Su amiga vivía en una comunidad vedruna en los arrabales de la capital inmersas en la pobreza. Casa humilde, comida humilde y poca, alegría suficiente. Era un país selvático y los mosquitos, bien organizados, le asaetaban día y noche. Descubrió que allí, comer era un problema. La pregunta era recurrente a los pobres que hacían fila ante

la oficina del párroco: ¿Cuándo has comido? Las monjas y el cura hacían lo que podían. Sin título ninguno, el cura dispensaba medicinas a su buen criterio. No había médico a mano. Nadie controlaba aquel rincón perdido y anegado en la pobreza.

Luego lo contaba a sus amigos en su pueblo: el primer día, a plena luz del mediodía, se presentó allí una mujer, bastante joven, totalmente desnuda. El párroco le atendió como si tal. Luego le explicó: era una pobre loca que merodeaba por la parroquia. En todo el país no existía ni una sola institución psiquiátrica, ni pública ni privada. Los locos estaban en la calle como parte del paisaje. Nadie reparaba en ellos. La pobreza era sistémica, no una realidad aislada.

Trabajó lo que pudo con los niños de la calle, violentos, pendencieros, destrozadores de todo lo que se ponía delante. Marcados algunos de ellos por el hierro rusiente de la plancha cuando los pillaban robando. También es cierto que hubo ratos de mucha vida. Percibía que la dura vida de la calle no lograba apagar la sonrisa de aquellas vidas. Un misterio.

El domingo iba a la misa parroquial. Era inacabable. Cantos y más cantos, danzas y más danzas. Nada que ver con nuestras eucaristías, tan secas. Una viejita, pobre en extremo, danzaba en las ofrendas con ahínco. La habían hablado de un grave problema que tenía con su hijo que estaba preso. Le preguntó por él. La respuesta le pareció insólita: hoy me ocupo de Dios; mañana me ocuparé de nuevo de mi hijo.

Andrés comentaba todo esto con su amiga y sus compañeras. Empezó balbuciendo y después formulando algo que iba creciendo en él: si no tendría que pensar en colaborar de manera más continua con el hogar de niños, si no tendría que pensar en quedarse. Su amiga y sus compañeras le respondieron al unísono: ni hablar, vuelve a tu casa, vuelve a tu trabajo, déjalo correr. La luz irá viniendo con el tiempo.

El viaje de vuelta fue todo un tiempo de meditación. Rumiaba los recuerdos, recogía las frases más importantes, las escribía incluso en un cuadernillo. Lo que más le venía a la mente era una frase de su amiga religiosa: Hay otra forma de vivir, pero hay que construirla y luego descubrirla. Construirla y descubrirla. Construirla poco a poco en tu casa, en tu tierra, en tus hábitos de vida, en tus opciones cotidianas. Y luego descubrirla, fijarse en ella, abrirle paso, dejarle que hable y que haga propuestas.

Sus amigos le recibieron encantados. Les contó alguna cosa. Tampoco es que preguntasen mucho. Al instante estaban hablando de cosas de aquí. Contar cosas del mundo de la pobreza no es música agradable a los oídos de los europeos. Él dejó pasar un tiempo. Pero por dentro volvió la cantinela de la amiga de Gabón: Construye tu forma de vida, descúbrela. Se dio con más ahínco al trabajo social en la comunidad franciscana en la que vivía su fe. Las nubes dejarían ver con tiempo el camino a seguir.

Fidel Aizpurúa, capuchino